

LA CELEBRACIÓN DE LAS EXEQUIAS

Vivimos inmersos en una cultura que tiende a esconder la realidad de la muerte, considerada como un hecho biológico, humano, religioso, social y no siempre como netamente cristiano. «El silencio sobre la muerte se impone porque hoy en día está desacralizada, ha pasado de ser un rito a ser un espectáculo; ya no ocupa una función social, y se celebra decididamente en la esfera privada». Es urgente profundizar el dato de fe en la celebración de la muerte cristiana para no correr el riesgo de aceptar la censura del pensamiento y del lenguaje respecto a ella. Hay que rescatar la inevitable muerte del hombre de las categorías de la angustia, de la oscuridad impenetrable, de la desaparición en la nada, de la disolución de la comunión con los hombres y con el mundo. Sabemos del aspecto doloroso y oscuro de la muerte ante el cual no podemos hacer otra cosa que llorar como Jesús ante la muerte de Lázaro. Pero a través de la fe hemos de contemplar la muerte con la luz de la Palabra de Dios, que nos dice que la muerte ha sido absorbida en la victoria de Cristo resucitado (cf. 1 Cor 15,54).

La Sagrada Escritura nos ofrece dos imágenes elocuentes acerca del sentido cristiano de la muerte. Se nos dice que la muerte es un *parto* en el que nace el hombre nuevo, destinado a vivir para siempre (cf. Rom 8,19ss). Es también un *bautismo*: san Pablo habla de «sepultados en el bautismo» y «bautizados en la muerte» (cf. Col 2,12; Rom 6,3). Y comenta a los corintios: «Lo mismo es la resurrección de los muertos: se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza;

se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual» (1Cor 15,42-44; cf. 2Cor 5,2ss). Un vestido nuevo pero idéntico al de antes. San Agustín exclamaba: «Queremos ser felices con nuestra carne, no a despecho de ella».

Pues los que vivimos en esta tienda suspiramos abrumados, por cuanto no queremos ser desvestidos sino sobrevestidos para que lo mortal sea absorbido por la vida, y el que nos ha preparado para esto es Dios, el cual nos ha dado como garantía el Espíritu (2 Cor 5,4-5).

La Iglesia siempre ha considerado que la muerte física no interrumpe la relación con aquellos hermanos nuestros que, traspasado el umbral de la muerte, gozan ya de la visión de Dios o bien se preparan a gozarla.

La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales. [...] La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció por ellos oraciones, pues es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados (2 Mac 12,46) (LG 49-50).

La celebración de las exequias supone confesar nuestra fe en el misterio pascual y manifestar la alegría de nuestra esperanza, porque una vez más se nos recuerda que «si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él» (Rom 6,8). Porque, si bien *la certeza de morir nos entristece*, poniendo a prueba las íntimas y oscuras evidencias de la fe, Cristo nos acompaña como a los discípulos de Emaús, reaviva nuestra fe decaída, nos explica las Escrituras y nos alimenta dándonos su cuerpo y su sangre (cf. Lc 23,13-33).

Las exequias son una providencial ocasión para que la comunidad cristiana reflexione sobre el sentido de la vida y de la muerte; y a su vez los pastores realicen una eficaz acción evangelizadora. La actitud normalmente receptiva de los familiares del difunto y la participación en la celebración exequial de muchos amigos de la familia que tal vez en la práctica viven alejados de la fe o que no creen, ofrecen la ocasión para propiciar un redescubrimiento de

la fe o para que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa.

Hay, no obstante, una serie de circunstancias que han ido surgiendo en nuestra sociedad y en la propia comunidad cristiana, a las que necesariamente habrá que prestar atención, para que la celebración de las exequias cristianas no se desvirtúe o pierda su verdadera naturaleza pascual. Cuestiones como el lugar más idóneo para la celebración, la necesaria atención a los tanatorios y a los cementerios; el verdadero sentido de la homilía más allá de los elogios fúnebres; la alusión al testimonio de vida cristiana del difunto, cuando constituye motivo de edificación o acción de gracias; el peligro de una posible acepción de personas por razón de su posición cultural, social, económica, etc., estas cuestiones entre otras exigen una ponderada reflexión tanto por parte de los pastores, como de los teólogos, y demás personas comprometidas en la pastoral de las diócesis.

El Concilio Vaticano II insistió en el carácter pascual de la muerte cristiana. También otros documentos abundan en esta misma idea como el de *la liturgia renovada en la pastoral de la Iglesia* del Concilio Pastoral de Galicia, que observa que «las verdades de fe sobre el destino último han de proclamarse con toda su fuerza, en el orden de importancia y en el sentido que les da la revelación. En ella el tema central es la muerte–resurrección de Jesús y sus consecuencias para el cristiano». Ante los funerales, las motivaciones de los familiares y de las personas que participan son diferentes. En todo caso es un valor la postura ante la muerte y el cuidado de los difuntos. Es preciso que la pastoral tienda a situarlos en su verdadero lugar con respecto al resto de la pastoral litúrgica y a las demás acciones pastorales. Los sacerdotes deben avivar la esperanza de los asistentes y afianzar su fe en el misterio pascual y en la resurrección de los muertos, de forma que sepan dar ánimos a los creyentes dentro del respeto a su natural dolor al ofrecer el auxilio espiritual a los difuntos.

+ Julián BARRIO BARRIO

Arzobispo de Santiago de Compostela